Nuevo ensayo de identidad femenina: Florence Thomas y su *Conversación con un hombre ausente*

Lucero Tenorio-Gavin
Oklahoma State University

Hace tanto, ya, que venimos lentamente escribiendo, cada vez con más furia, con más autorreconocimiento. Mujeres en la dura tarea de construir con un material signado por el otro. Construir no partiendo de la nada, que sería más fácil, sino transgrediendo las barreras de la censura, rompiendo los cánones en busca de esa voz propia contra la cual nada pueden ni el jabón ni la sal gema, ni el miedo a la castración, ni el llanto.

(Luisa Valenzuela, 1984)

En el mundo académico de la literatura latinoamericana, en las últimas dos décadas especialmente, se ha dado un marcado interés por recuperar el ensayo escrito por mujeres de ese lugar escondido en el cual lo había colocado el canon literario. Siguiendo esta tendencia, el presente artículo intenta estudiar el ensayo-monólogo de la escritora Florence Thomas, *Conversación con un hombre ausente*, para considerar varios aspectos de este.

En primer lugar, debemos revisar las nociones de subjetividad y de identidad generadas por la escritura personal en el ensayo; segundo, el uso de este como género literario ideal para alcanzar la emancipación femenina a través de esa escritura, con su forma principalmente expositiva y persuasiva; y, tercero, la manera en la cual la subjetividad de una mujer escritora latinoamericana y esta forma literaria, afectan los campos ideológico y político en la región.

Es importante resaltar la influencia del uso del género ensayístico por una mujer escritora latinoamericana, en este caso francesa-colombiana, quien presenta una forma en el ensayo en la cual trata de liberarse –por lo menos en parte– de las ataduras del discurso académico dominante, es decir, patriarcal. Thomas se vale de un interlocutor imaginario (un hombre ausente) quien participa en el texto a través de preguntas y de respuestas; estas últimas la misma autora las formula como si procedieran de él. Por primera vez en el ensayo, un supuesto género no ficticio, aparece un personaje varón creado, específicamente, para mantener la lógica femenina en la narración. La intención es no cortarle la palabra a la mujer, ni interrumpirla con la lógica del hombre; aunque Thomas reconoce que no pudo evitar que ese gran *otro* masculino esté presente en su propio discurso.

En cuanto a la forma, no hay citas en este ensayo, ni notas de pie de página. Thomas está buscando una nueva libertad en la escritura; obviamente, no puede escapar a las referencias, a los términos y a las nociones que requieren una audiencia con cierta intelectualidad de cierto nivel educativo, el cual posea un conocimiento académico.

A lo largo del texto, Thomas hace alusiones a contenidos teóricos, los cuales deben ser conocidos por los lectores para entenderlos, ya que todos ellos reflejan el fruto de su experiencia como docente –durante diez años– y de sus investigaciones sobre el tema de la mujer, el hombre, las relaciones entre ellos, y sus efectos sobre las nociones feministas.

Esta forma novedosa de escribir no se aparta de las propuestas teóricas feministas explícitas, de los asuntos de identidad, de sexualidad, de género, de maternidad, de lenguaje y de escritura, los cuales apuntan, directamente, a los estudios del feminismo mundial. Thomas lo hace, sin embargo, desde una perspectiva local, desde la singularidad que es Colombia. Ella formula una propia comprensión de su realidad sociocultural, después de treinta años de vivir en el país, habla desde su experiencia femenina personal y al hacerlo confronta

el aspecto hegemónico de la historia de la región. De esta forma, la escritora sirve como agente para llevar un mensaje a otras mujeres para exhortarlas a que, a su vez, escriban su propia experiencia personal como medio para la emancipación de sí mismas y de otras mujeres de la región. Así, Thomas propone una concientización:

> Sí, no hay duda, el mundo de la palabra y del discurso es el mundo del sujeto masculino [...] Tal vez por esto nos es cada día más difícil reconocernos en lo que han dicho de nosotras, y a medida que tomamos conciencia de nuestras diferencias existenciales [...] tomamos conciencia de lo imprescindible de tomar la palabra, de expresarnos, de decir lo que tenemos que decir y además de decirlo desde una nueva palabra, una nueva escritura o por lo menos otra escritura, otras reglas de juego lingüístico que sólo podemos adquirir a partir de una mirada profundamente sospechosa del discurso que nos enseñó el saber occidental (107).

Es cierto lo que dice Thomas; lo que ahora tenemos como historia del pensamiento y de la escritura es lo que principalmente ha sido escrito, imaginado y creado por hombres. Esto incluye a la mujer misma. También, incitar a las mujeres a escribir es trascendental porque es a partir del acto de escribir que la mujer puede lograr su verdadera emancipación tanto en Colombia, como en Latinoamérica y en el mundo entero.

En marzo de 1984, con motivo del Séptimo Congreso de Literatura Hispanoamericana, varias escritoras latinoamericanas se reunieron para presentar sus opiniones sobre el oficio de escribir. Para Helena Araújo, lo femenino aún no había logrado una manifestación completa en un mundo que ella todavía consideraba determinado por parámetros masculinos. Señaló, en ese entonces, que todavía era muy difícil que la mujer consiguiera publicar sus obras, pero añadió que: "Más allá de las mil incidencias de la publicación y la difusión de un libro, lo que me concierne es ese diálogo mudo y, sin embargo, vital, con el destinatario. Allí es donde hallo mi subjetividad, mi posible comunicación" (460). Griselda Gambaro confirmó que "escribir es reconocer, a uno mismo y al otro" pero aclaró que el acto mismo de escribir suponía la elección de una manera de ser, "supone un yo reconquistado o a reconquistar" (472). Thomas conjuga las aspiraciones y los ideales enunciados por estas y por otras escritoras desde hace más de quince años. Mientras Gambaro, desde su posición de mujer, expresa: "mucho valor necesitaremos para explorar y aventurarnos en esos terrenos donde no nos atrevemos a mirarnos, porque como mujeres somos aún metáforas convenientes y engañosas de un mundo masculino" (473); Thomas parece retomar las palabras de Araújo y Gambaro e ir un paso adelante al expresar, quince años después, una necesidad imperante para una nueva identidad en la mujer escritora:

> De hecho estoy señalando un doble imperativo para las mujeres: tomar la palabra y escribir, por una parte, pero al mismo tiempo tratar de que sea *nuestra* palabra sin asumir automáticamente la palabra del otro y la escritura del otro. Sabiendo que no hemos sido sujetos –digo, sujetas– de nuestro lenguaje; hemos hablado y nos hemos representado hasta hoy como pensadas por el otro, desde la mirada del otro, utilizando una herramienta que no nos pertenece y que difícilmente puede traducir nuestro imaginario (107).

El ensayo es la forma por excelencia escogida por la mujer escritora para expresar su subjetividad. La forma personal del ensayo, en la cual la escritora puede expresarse de manera protagónica, la flexibilidad del género, su naturaleza exploratoria, son las características que más le atraen para transmitir sus pensamientos con respecto a los asuntos de mujeres: el ser mujer, su oposición ante el hombre, su lugar en el mundo, su cuerpo, su experiencia, las historias de otras mujeres, su educación, su escritura, y cómo la mujer está plasmada en la literatura escrita por hombres. En el ensayo la mujer escritora se siente íntimamente ligada a su ser individual, como si sostuviese un diálogo consigo misma, al mismo tiempo con su propio ser. Isabel Allende ratifica que el acto de escribir es para ella un sentimiento de auto-liberación: "...es como un exorcismo, una forma de sacarme del alma los fantasmas que llevaba por dentro, que se me habían amotinado y no me dejaban en paz" (448).

Esta forma personal se opone al concepto de impersonalidad, una de las convicciones centrales de la modernidad. Una de las consignas iniciales del movimiento feminista (segunda ola) afirma que una escritora del siglo xx debe rebelarse contra ese estándar impersonal, dar la espalda a la tradición y escribir desde el punto de vista de sí misma usando la primera persona *yo*. Pero, el *yo* puede significar varias cosas dentro de la prosa hispana. Nancy Saporta y Lourdes Rojas dicen que la mayoría de los escritores hispanoamericanos usan la primera persona del plural, aun para referirse al sujeto singular.

Para los efectos de este artículo debemos prestar atención al uso de la voz colectiva *nosotras* o forma plural del *yo* (*yos*) como una relación de naturaleza dialógica en la cual las lectoras eligen leer a las mujeres y, de hecho, el ensayo adquiere voz. Hay una atracción hacia la autoridad que se confiere a la voz de la ensayista, la cualidad dialógica del género –la cual crea un sentido de cercana interacción con las lectoras– y un deseo de comunicar públicamente sus intereses personales.

En la lectura del ensayo de Thomas, con su narración en primera persona (sea yo o nosotras), sus lectoras establecen un vínculo íntimo con el ser individual de la autora, quien, en este caso, sostiene un monólogo consigo misma o un diálogo con este hombre que ella intencionalmente crea y ausenta a la

vez, y que, al mismo tiempo, le sirve para forjar su propio *yo* en el texto. Thomas escribe:

> ¡No dices nada y me preocupo! ¿Y sabes por qué me preocupo? Sencillamente porque creo que es la primera vez que un hombre me escucha de verdad, quiero decir, con esta voluntad de entrar y meterse en un mundo que no conoce y dejarse sorprender sin prejuicio, sin parcialidad y sin prevención, seguro de que está frente a una interlocutora válida aunque no detentora de una única verdad. No te imaginas lo excepcional de esta situación para una mujer. Encontrar un hombre como tú, que escucha en silencio, sin cortarle la palabra a uno –digo, a una– es un sueño (47-48).

Mientras que los ensayos de escritores son tradicionales en el sentido que reconocen el *status quo* e intentan explicar la vida dentro de un sitio aparentemente absoluto e incambiable (los ensayos de Sarmiento, Mariátegui, Martí, Bello, Reyes), la posición de género específica que la escritora imprime en su ensayo es, precisamente, la fuente autorizante que le permite enfrentar abiertamente, no sólo la tradición patriarcal, política y económica que analiza en su texto, sino también lo que el ensayo, como forma, representa tradicionalmente. Allí la mujer encuentra su emancipación. "En manos de la escritora que ha adoptado el ensayo para efectuar cambios sociales trascendentes", ya lo dijeron Boetcher y Mittman temprano en los años noventa, "la forma misma se convierte en un *forum*" (151).

Como punto de reflexión crítica sobre los sujetos, el ensayo, como su etimología lo sugiere, parece un territorio de pruebas; en el caso de la ensayista latinoamericana, ella ha encontrado la localización de ese intento y en él expone sus puntos de vista, sus opiniones, sus reacciones, sus experiencias, sus ansiedades, o sus vanidades para que el público las considere y para que las pese. Es decir, en su ensayo, Thomas reclama abiertamente una voz pública a pesar de la opresión de la cultura de que permanezca silenciada. Ella se presenta a sí misma como figura pública, convierte su vida personal en objeto de muestra pública, y ofrece comentarios ultimadamente políticos, tanto directos como encubiertos. Se trata de un acto de afirmación pública, aunque no enunciada explícitamente; detrás de cada palabra que escribe está esa afirmación "esto es lo que yo pienso" y se lo doy al público lector para su consumo, consideración y juicio.

> Cuando uno de mis hijos –y he dicho "hijos," entonces hablo de varones, ¿de acuerdo?– comparte conmigo los oficios domésticos o cuando –cosa más rara–, los efectúa solo, me invade un sentimiento de gratitud inmensa y termino siempre por decirle "gracias mi amor, tan bello, etc..." y después me digo a mí misma "pero por qué tuve que darle las gracias si desde que vivo con ellos nunca me dicen gracias cuando paso la aspiradora, preparo el desayuno o lavo la vajilla..." Para ellos estas actividades mías hacen parte de "lo normal, lo natural" y no le ven nada especial, pero cuando son ellos quienes las hacen me parece ¡bello, increíble, rico y adorable!.. pendeja, ¿no? (40)

Thomas expone una situación de su vida personal para demostrar que, tanto ella como todas las mujeres, sufrimos este "reflejo", ya que somos todas en lo fundamental herederas del patriarcado, una ideología que envuelve "cada microespacio de la vida cotidiana y que apenas hoy empezamos a cuestionar" (*ibid*).

A lo largo del ensayo está encarnada la identidad femenina; de hecho, el ensayo constituye un reconocimiento de esa identidad, en la medida en que la escritora expone e identifica su voz pública y denuncia perspectivas que califica como antifeministas. Teresa de Lauretis ha señalado que la identidad de una mujer es el producto de su propia interpretación y de la reconstrucción de su historia "tal y como es mediada a través del contexto cultural discursivo al cual ella tiene acceso" (14). Según Thomas:

> El problema es que los hombres se creen dueños del saber porque han sido socializados para situarse como amos y sujetos del discurso; piensan y saben por todos y todas y lógicamente hablan por todos y todas [...] les es muy difícil de verdad aceptar que las mujeres podamos tener cosas que decir que ellos no sepan y sobre todo no puedan decir mejor... (14)

Cuando se estudia el tipo de escritura de Thomas, se puede entender mejor cómo sus ideas sobre lo público y sobre lo privado, lo político y lo personal, la voz masculina y la femenina, afectan y reflejan el período histórico y literario particular de Colombia en 1998 –cuando publica este texto–. Un ejemplo de lo anterior es cuando dice: "No quiero justificarme en cada frase, en cada párrafo, en cada página. Quiero poder decir las cosas a mi manera, rompiendo los consensos y las normas; rompiendo con toda esta falsa serenidad adquirida a costa de muchas violencias secretas" (16).

Por el hecho de ofrecer una reflexión personal como un tipo de verdad, este ensayo construye a la autora como *sujeta* y como su creadora, así el ensayo trata tanto de la autora como del supuesto tópico. Su estilo sirve a los propósitos de su trabajo feminista al seguir un modelo de conversación en el cual una mujer local, ella como autora y como narradora, abre el espacio a la subjetividad de otras mujeres:

> ¡Sola, no! Nunca estoy sola [...] A este propósito se me está ocurriendo que es urgente que las mujeres, cuando se separan o que un hombre las deja o que ellas han dejado a un hombre, o que sus hijos e hijas se han ido, aprendan a no pensarse solas, sino libres: Libres por fin y con una nueva

> compañía: ellas mismas. Re-encontrarse y colmarse de una existencia para sí mismas. Dejar de ser hermanas, esposas, madres, amantes que siempre fueron por o para ellos. Empezar a hacer sentido para sí mismas y nunca más sentirse solas [...] pero sí, cada vez más libres (159).

Todo lo que Thomas afirma está relacionado, directamente, con su experiencia personal, hasta el punto que podría decirse que su obra completa es parte de una empresa autobiográfica. Florence Thomas no sólo es feminista, sino también está encargada de la Maestría en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, además de estar a la cabeza del grupo Mujer y Sociedad de la misma universidad. En toda su obra, su conciencia de ser una mujer francesa que hace feminismo en Colombia es latente y es crucial para entender su posición.

Aunque ha vivido treinta años en Colombia, ella frecuentemente reitera su voz de foránea. Su formación como psicóloga en la Universidad de París también es evidente y las influencias críticas que recibió se asoman en cada parte del texto, en particular, en lo referente al psicoanálisis y a sus diferentes lecturas.

Su ensayo como documento de una era en la historia cultural de Colombia, y particularmente, de la historia de nuestras mujeres, es de gran valor; como un trabajo de literatura autobiográfica, es un ejemplo único del discurso y de la definición femeninos. Lo que Thomas revela en su ensayo sobre la mujer es una historia que no está en la historia y la cual sólo puede rescatarse aguzando el oído para escuchar de cerca los susurros de esta mujer:

> María, virgen y madre [...] se constituye en una imagen que resiste y marca todavía los imaginarios de la feminidad latinoamericana. La iconografía religiosa no escamoteó esfuerzos para mostrarnos a la pareja ideal: María cargando a Jesús, su hijo varón [...] figura tan fuerte en este mundo occidental judeocristiano que logró invadir prácticamente todo el sentido de la feminidad recordándonos además que lo máximo es ser madre de un hijo varón. Y esta historia está presente en nuestros códigos lingüísticos. A mí, siempre me preguntan cuántos hijos tengo, antes de saber si tengo hijas (56-57).

Es innegable que la mayoría de las escritoras latinoamericanas han aspirado a acceder al espacio canónico y para lograr su objetivo ellas han visto preciso imitar los modelos culturales dominantes. Es verdad también que la literatura latinoamericana sigue siendo un territorio de hombres, porque los textos femeninos exigen un lector o una lectora receptivo y abierto, el cual no asocie la diferencia con lo negativo, lo inexpresivo, lo endeble, como se ha considerado lo femenino en la región. El lector o la lectora acostumbrado al discurso masculino no penetra en ese universo narrativo que lo invita a la exploración de otro tipo de realidades y que le exige una concentración y una actitud diferentes. Thomas advierte a sus lectores:

> No se trata de un cataclismo, ni siquiera de una revolución, no. Se trata de abrir poco a poco espacios alternos y apoyarlos con el fin de estimular la mirada crítica y propiciar el debate y la conscientización de los múltiples conflictos que caracterizan la cotidianeidad de los colombianos y, entre otros, los conflictos generados por las relaciones de género y las imágenes tradicionales de mujer-madre-víctima y hombre-macho-dueño (216).

El rechazo a aceptar la noción de una escritura sexuada, descartar la idea de una escritura de mujeres como otra diferencia (especialmente por su implicación de un determinismo biológico) ha provocado que ciertas corrientes "feministas" etiqueten a las escritoras que trazan la hipótesis o la convicción de una escritura no sexuada, como anti-feministas. Luz Mary Giraldo enfatiza el hecho de que no hay una literatura femenina o masculina, y dice que la literatura puede juzgarse de acuerdo con un sistema de valores en el cual no hay lugar para algunas de esas definiciones usadas en las conferencias feministas, tales como la noción de "escritura femenina" (48). Monserrat Ordóñez rehusaba analizar los textos escritos por mujeres como pertenecientes a un sistema literario completamente diferente. Sus escritos también están en contra de la conocida lucha de las mujeres por encontrar una "identidad" en un mundo que las ha forzado a integrar una subcultura o una contracultura.

Es entonces fácil reconocer que las escritoras latinoamericanas se ven a sí mismas como mujeres que luchan por alcanzar una mayor libertad para su género, cuando exploran la complejidad de su modo (legado) de escritura con el propósito de abandonar su ausencia en el campo literario, de encontrar un sentido de sí mismas en un periodo histórico y como pertenecientes a un género en una región específica.

Sería necesario, como insinúa Thomas, crear nuevas destrezas en la lectura y en los códigos hermenéuticos para poder explorar las narrativas femeninas del pasado y las que ahora se crean, para entender que no son mejores ni peores que las canónicas, sólo son diferentes. Aunque al desplegar esta novedosa forma de escritura Thomas altera el orden convencional y consecuentemente, llega a alterar las expectativas sobre la audiencia. *Conversación* es un corpus literario, en el cual se escudriñan realidades silenciadas, se recobran episodios olvidados y se reevalúan imágenes establecidas.

En un momento dado, en el ensayo de Thomas, la voz es la de alguien que se niega a silenciarse; esto lo hace, no por su condición de mujer, sino por su condición de trabajadora de la

palabra y lo hace apoyándose objetivamente en su mundo y en sus actos, acudiendo a diversos temas, entre los cuales el ser humano social se constituye en el material por excelencia que la cultura ha moldeado. Thomas habla, por ejemplo, de repensar la maternidad para una nueva identidad femenina, analiza la religión de amor que odió a las mujeres, estudia el amor como una trampa mortal para nosotras, el lenguaje como fundamento de la reproducción del sexismo, y otros temas que apuntan a la hermandad entre mujeres y el reconocimiento de la autoridad femenina, tratando de construir lo imposible a partir de la reafirmación y de la conceptualización de las propias utopías de las mujeres. Este es su sueño:

> Se trata, creo yo, de un trabajo de redefinición de lo que significa ser mujer y ser hombre, sabiendo que esto tomará tiempo y que el progreso no es una idea ni sencilla, ni plana, ni lineal, pues cada conquista puede significar al mismo tiempo pérdidas. Lo importante es entender que somos los artesanos y artesanas de nuestra propia historia rechazando cualquier idea de determinismo, de providencia e incluso de final feliz (221-222).

Linda McDowell, autora de *Gender, Identity and Place*, ha dicho que el foco del feminismo ha cambiado de un énfasis en las desigualdades materiales entre hombres y mujeres en diferentes partes del mundo, a una nueva convergencia de interés en el lenguaje, en el simbolismo, en las representaciones y en el significado de la definición de género, y, en los asuntos sobre la subjetividad, sobre la identidad y sobre el cuerpo sexuado (7). Esta visión feminista posmoderna la asume Thomas, sin teorizar exhaustivamente sobre ella, para hablar en su ensayo de la solidaridad de la cultura que con sus innumerables redes simbólicas, utiliza el lenguaje como la herramienta cultural por excelencia responsable de construir esa supuesta identidad "enfermiza y vulnerable" de las mujeres. Ella analiza el lenguaje como aparato de construcción y de representación de la realidad, por el cual no sólo nos constituimos como sujetos de la cultura, sino también "internalizamos las ideas, imágenes, modelos sociales y concepciones de lo femenino y de lo masculino, entre otras." En este sentido, prosigue Thomas, "no habrá ni devenir femenino, ni nuevas relaciones de género, ni nuevos sujetos, si dejamos de lado el trabajo sobre lo simbólico y sobre el lenguaje, todo este sistema de representación del mundo que conforma los pilares de nuestras identidades" (99).

Se debe entender que la reflexión sobre lo que una misma es y lo que son los otros se solidifica en las actividades diarias, en las cuales producimos y en las cuales reproducimos los comportamientos "esperados." Para entender los procesos en juego en la creación y en la reproducción de nosotras mismas, desde una perspectiva feminista, debemos, como lo hace Thomas, hacernos preguntas sobre los supuestos básicos y el conocimiento de sentido común asociado con las actividades humanas categorizadas como "normales." De otra manera, continuaremos reproduciendo las distorsiones que se han inscrito en los modos dominantes del pensamiento social y en el lenguaje cotidiano que establecen al hombre como igual al humano. Thomas dice:

> Lo grave es que a propósito de este hecho cotidiano, la naturalización del rol femenino tradicional no se pone en tela de juicio, ni siquiera por las mismas mujeres que interiorizaron los modelos culturales de tal manera que creen [...] que en su pacto conyugal venía incluido el trabajo doméstico como garantía de felicidad y armonía que les permitiera comer perdices toda la vida (35-36).

Las obligaciones de la casa asignadas socialmente se vuelven para la mujer tarea obligada, pero Thomas aclara enfáticamente que es debido a esa "sutil inscripción patriarcal en su memoria de mujer", la cual, al mismo tiempo, creó el mecanismo de la culpa si se cuestionaba la naturalidad y la espontaneidad de tales obligaciones.

> De alguna manera la fórmula "te amo entonces plancho tus camisas, limpio tu casa, cocino tu comida y existo" sigue funcionando y seguirá funcionando largo tiempo a pesar de las grietas que empiezan a aparecer poco a poco en este verdadero muro de contención que fue el trabajo doméstico para el edificio patriarcal (36).

En su ensayo Thomas alude a telenovelas y a comerciales de televisión colombiana y otros elementos de la cultura popular para concientizar a sus lectores sobre la alineación ideológica que ejercen los medios de información del país.

Si miramos la tendencia idealizadora hacia la globalización en el feminismo –basada en la creencia de que todas las mujeres tienen algo en común– junto con una visión similarmente idealizada de una Latinoamérica unificada, podemos diferenciar el concepto del feminismo para la región, no sólo en las realidades separadas de sus distintas naciones y regiones en diferentes periodos históricos, sino también en las diferencias en el poder de las clases y de las razas.

La última pregunta que surge al escribir este ensayo es aquella de la representación. Podemos pensar que los problemas de la representación en la escritura de mujeres en Latinoamérica, son, por lo menos a primera vista, más sociales que epistemológicos en esencia. Sylvia Molloy ha discutido la dificultad en la autorrepresentación textual (la cual no es exclusiva de las mujeres); ella dice que es antecedida por otro problema básico, aquel de la percepción de la mujer por la

sociedad –y la percepción de sí misma como escritora– esto es como figura pública; Molloy dice que "Cualquier consideración sobre las mujeres escritoras en Latinoamérica debe tener en cuenta que el mismo término mujer escritora se refiere a una realidad inestable, que aún hoy en día, no es aceptada sin calificarla" (108). Molloy busca encontrar en los textos escritos por mujeres lo que ella denomina "un gesto", e investigar las estrategias de las cuales se valen las escritoras para determinar la forma en la cual la mujer representa a la mujer y se construye a sí misma como sujeto del texto.

La cuestión de la representación –por lo menos definida como las condiciones de significado y de verdad que se encuentran en el ensayo para ser examinadas– está inextricablemente conectada con el concepto *althusseriano* de ideología en su debatida definición que corresponde a las representaciones del inconsciente colectivo y a las actividades y los rituales, en los cuales esas representaciones están inscritas: "una representación de la relación imaginaria de los individuos con las condiciones reales de existencia" (162). El argumento de Althusser es que la ideología interpela a los individuos como sujetos a través del mecanismo del reconocimiento; llama a los individuos a su lugar social y confiere sobre ellos su "identidad". La ideología la entiendo, entonces, como un lenguaje y como la sujeción que viene del interior del individuo: la sujeción de la sociedad y aquella del individuo "dependen entre sí y se rechazan" (*ibid*). Estas categorías son imaginarias, pues son una estructura de espejo-doble. La ideología, para precisar, es equivalente a una red de representaciones que inducen al sujeto a una relación imaginaria con la realidad material objetiva. Consecuentemente, las identificaciones y/o nuestro distanciamiento de ellas están basadas en factores culturales, a través de la mediación de la historia humana, de la sociedad y del lenguaje. Esta idea la vemos clara en el texto de Thomas:

> Lo que debe desaparecer es una ideología fálica monista con el fin de que empecemos a definirnos, hombres y mujeres, no como opuestos sino como diferentes a partir de una concepción dual del ser que no signifique antitética. El hombre dejará de ser la medida de todo y punto de referencia existencial, para volverse tan diferente de la mujer como la mujer lo es de él y así perderá su lugar privilegiado en la cultura (213).

Thomas intenta crear también una conciencia en su interlocutor en el capítulo titulado "Se trata de repensar las identidades" (43), en el cual hace alusión a la necesidad de crear nuevos sujetos, nuevos hombres y mujeres que puedan reconocer y puedan gozar sus diferencias desde "marcos político-jurídicos de igualdad, libres y con capacidad de actuar sobre sí mismos o sí mismas como primer requisito para una convivencia que se acerque mucho más a la idea de democracia que tienen las mujeres" (43). En la medida en que las mujeres redefinen su existencia y su manera de construir el mundo, dice Thomas, van a trastocar consecuentemente los viejos parámetros de la masculinidad y van a obligar, igualmente, a repensar el sujeto masculino. Apuntar a la concientización masculina es, de hecho, una novedad en el ensayo de escritoras latinoamericanas, y, realmente, Thomas no quiere destruir totalmente los binarios, quiere transformarlos: "Soñar la posibilidad de asociar, por ejemplo, hombre con femenino, con emoción, con sensibilidad, con cuidado, sin que esto signifique abandono de masculinidad, es exactamente lo que entiendo por abrir los conceptos" (46).

Instigar a reflexionar sobre la propia identidad (un regreso a lo "subjetivo") no implica salirse de lo político, sino precisamente lo contrario: localizar asideros de poder y de resistencia (a la manera foucauldiana) mientras se lucha, quizás no ganando todas las batallas, quizás entrando en contradicción y en complejidad pero ejerciendo una acción política basada en "la unidad en la diversidad." Esta diversidad, no está fundamentada en los denominadores comunes sino en la variedad de identidades y de circunstancias posibles en Latinoamérica, variedad heterogénea, posiblemente antagonista, quizás muy diversa.

El feminismo occidental, de hecho, ha reconocido que las mujeres no comparten automáticamente una identidad de género, ni tampoco tienen, necesariamente, intereses políticos comunes: no hay una única experiencia de mujer. Con respecto a las mujeres latinoamericanas, sus circunstancias materiales y sus experiencias difieren significativamente y por el hecho de que comparten el género no puede deducirse que haya unidad de intereses entre mujeres de culturas diferentes, ni aun dentro de la misma sociedad a la cual pertenecen. Entonces, hay que referirse a algunas formas posibles, en las cuales las perspectivas del feminismo sobre la identidad pueden desarrollarse para dar cuenta del género y de las complejidades de las divisiones nacionales, étnicas y raciales. Por ejemplo, en las autobiografías de las latinas Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa ellas no crean un *yo* monolítico, sino una construcción de ese *yo* como miembros de grupos oprimidos de muchas maneras, cuya identidad política no puede divorciarse de sus condiciones. El sujeto creado es al mismo tiempo individual y colectivo. En los textos de Moraga y Anzaldúa podemos experimentar la intensa presión que sufre mucha gente cuando tiene que escoger entre culturas: para ellas las opciones más aparentes, asimilación a la cultura blanca o afirmación de la cultura nativa, están llenas de contradicciones (Saldívar 55).

Lo que Thomas intenta hacer con su audiencia, tanto de hombres como de mujeres, es dar cuenta de la necesidad de apreciar y de volverse sensible hacia las varias experiencias de las mujeres, para apuntar a que ni líneas fronterizas arbitrarias, ni límites, puedan encapsular las especificidades de la subordinación. Thomas quiere sugerir que hay una variedad de condiciones en las cuales las mujeres nos localizamos, pero estas diferencias no son arbitrarias ni absolutas. Como sabemos, bajo cada modalidad de pensamiento puede concebirse una variedad de alternativas disponibles cultural e históricamente específicas, individuales y voluntarias. Si no se reconocen estas especificidades, entonces, serían distorsiones que entran en el área de la teoría sobre el feminismo. El feminismo que Thomas hace para Colombia es de denuncia, de deconstrucción, de visualización de muchas violencias simbólicas y silenciosas, que a veces se vuelve muy evidente y repetitivo. Pero, ella misma confirma que: "... entiendo que denunciar, develar, deconstruir y señalar hacen parte de la cura sobre todo desde que comprendimos que nada de lo humano es eterno. Hay ideologías y creencias perdurables, pero nunca eternas" (70).

Rehusándose a silenciarse en una atmósfera de antifeminismo viril, esta ensayista usa sus escritos para resistir un discurso oficial cerrado. Logra hacer pública una voz y una perspectiva a la cual, a menudo, se le negó acceso público. Como lo vemos en Thomas, las formas del ensayo de las escritoras latinoamericanas son muy variadas y susceptibles de tomar los aspectos más diversos dentro de los que el *yo*, siempre presente, se autentica y se esconde de la misma manera, buscando muchos medios y subterfugios para acreditar sú pensamiento.

En conclusión, el mensaje de las ensayistas es claro: las mujeres tienen que confrontarse en la escritura, tienen que atreverse a escribir. Deben usar un punto de vista propio, personal, y volverlo político. El ensayo literario es la forma ideal para instar a las mujeres a expresar su palabra y plasmar su escritura. Esto, por supuesto, no es sencillo, porque, como sabemos, la gran mayoría de las mujeres todavía no se ha tenido conciencia de que debe existir otra palabra, o de que es necesario tomar la palabra de la mujer en serio, ya que, como se ha aclarado aquí y lo aclara Thomas en su ensayo, hemos sido socializadas en el lenguaje del otro. Llegar a esta conciencia no es ni automático ni es evidente, pero Thomas ha dado un gran paso al denunciar esta necesidad. La experiencia de ser mujer debe crear una conciencia crítica de lo que significa ser mujer en un lugar dado en la estructura de poder. Podemos concluir –como lo apoyaría Thomas– que, al escribir, la mujer tiene dos caminos: acceder a la cultura dominante y caer en las trampas del discurso patriarcal, o escribir con autenticidad aunque sea para ser clasificada en una subcultura.

OBRAS CITADAS:

Allende, Isabel. "La magia de las palabras". *Revista Iberoamericana* (1985): 447-452.

Araújo, Helena. "Yo escribo, yo me escribo..." *Revista Iberoamericana*(1985): 457-460.

Boetcher Joeres, Ruth Ellen, y Mittman, Elizabeth, eds. *The Politics of the Essay. Feminist Perspectives*. Bloomington: Indiana University Press, 1993.

de Lauretis, Teresa. "The Essence of the Triangle or, Taking the Risk of Essentialism Seriously: Feminist Theory." En *The Essential Difference*. N. Schor N. Y E. Weed, editores. Bloomington: Indiana U. Press, 1994. 1-39

Gambaro, Graciela. "Algunas consideraciones sobre la mujer y la literatura". *Revista Iberoamericana* (1985): 471-473.

Giraldo, Luz Mery. *La novela colombiana ante la crítica: 1975-1990*. Cali: Edit. Facultad de Humanidades, Univalle, 1994.

McDowell, Linda. *Gender, Identity and Place: Understanding Feminist Geographies*. Minneapolis: U. of Minnesota Press, 1999.

Molloy, Sylvia. "Female Textual Identities: The Strategies of Self-Figuration". Introduction, Part 2. *Women's Writing in Latin America: An anthology*. Ed. S. Castro-Klarén, S. Molloy, and B. Sarlo. Boulder: Westview Press, 1991. 107-124.

Ordóñez, Monserrat. "El oficio de escribir". En *Literatura y diferencia: Escritoras colombianas del siglo xx*. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio de Negret, y Angela Inés Robledo, editoras. Bogotá: Uniandes, 1995. 317-321.

Rojas, Lourdes y Saporta, Nancy. "Latin American Women Essayists 'Intruders and Usurpers'", en Joeres y otras, *The Politics of the Essay. Feminist Perspectives*. 172-195.

Saldívar-Hull, Sonia. "Mestiza Consciousness and Politics: Gloria Anzaldúa's *Borderlands / La Frontera*." En *Feminism on the Border: Chicana Gender Politics and Literature*. Berkeley: U of California Press, 2000. 59-80.

Thomas, Florence. *Ensayo: Conversación con un hombre ausente*. Bogotá: Arango Editores, 1997.

Valenzuela, Luisa. "La mala palabra." *Revista Iberoamericana* (1985): 489-491

NOTA

* Varias antologías salieron a la luz en los años noventa, entre ellas *Women's Writing in Latin America* (1991) editada por Sara Castro-Klarén, Sylvia Molloy y Beatriz Sarlo; *Talking Back* (1992) de Debra Castillo; 1993 fue un año muy influyente: Ruth Ellen Boetcher y Elizabeth Mittman editaron *The Politics of the Essay: Feminist Perspectives* y Amy Kaminsky publicó *Reading the Body Politic: Feminist Criticism and Latin American Women Writers*. Dos volúmenes de Doris Meyer, *Reinterpreting* (I) y *Rereading the Spanish American Essay* (II) salieron en 1995; en 1996, Anny Brooksbank Jones y Catherine Davies sacaron *Latin American Women's Writing*; en 1998, Glenn y de Mazquiarán editaron *Spanish Women Writers and the Essay*; el libro de Debra Castillo *Talking Back* (1992) ha sido muy influyente en tanto es pionero en un intento por teorizar la crítica feminista latinoamericana. Otras no mencionadas aquí aparecen en la nota 3 del artículo de Lourdes Rojas y Nancy Saporta, "Latin American Women Essayists" en *Politics of the Essay* (189).